

podría figurar sin desmerecimiento alguno en las mejores galerías de heterodoxos españoles.

**MARÍA ZAMBRANO, UNAMUNO, (ED. MERCEDES GÓMEZ BLESA),
DEBATE, BARCELONA, 2003, 203 pp.
Inmaculada Murcia Serrano**

A pesar de lo que se ha dicho en muchas ocasiones, no sólo fue José Ortega y Gasset el maestro de la pensadora española María Zambrano, sino que la personalidad y obra de Miguel de Unamuno fueron igualmente determinantes en su devenir filosófico. Eso sirve para explicar porqué Zambrano decidió escribir las palabras que se recogen en este volumen desde la “participación”, y no desde la mirada objetiva y distante de un estudioso más del pensamiento unamuniano. *Unamuno*, libro que reseñamos a continuación, muestra el profundo y completo conocimiento que María Zambrano tenía acerca de la obra del escritor vasco, y la originalidad interpretativa y capacidad de sugestión de las que con gran maestría hace gala la escritora en esta obra. Varios fueron los acercamientos de la filósofa al escritor, pero entre ellos destaca “Unamuno y su tiempo”, texto escrito para una serie de conferencias impartidas en el Ateneo de Puerto Rico hacia principios de los años cuarenta, proyecto posterior de libro, pero que finalmente hubo de limitarse a ver la luz dividido en dos partes y editado en las páginas de la *Revista de la Universidad de La Habana* en 1943. Como indica la editora de este volumen, fue ésta una de las primeras aproximaciones escritas en español a la obra de Unamuno, lo que muestra la originalidad y perspicacia de la pensadora española. Los demás textos que se recogen son breves acercamientos, también muy sugerentes, pero que, reiteran algunas de las ideas expuestas en el primero. En este sentido, el libro resulta bastante completo si se quiere tener una idea general de lo que Zambrano opinaba acerca de Unamuno, algo que lo hace doblemente interesante para los que están interesados tanto en la obra de uno como en la del otro autor. El libro está encabezado por una ilustrativa introducción, en la que se ponen de manifiesto las principales semejanzas que unen a ambos pensadores españoles: la reivindicación de la capacidad cognoscitiva de la metáfora, la cercanía existente entre filosofía y poesía, la apropiación de la idea romántica de “espíritu del pueblo” releída en forma de intra-historia, en Unamuno, y de “categorías” de la vida española, en Zambrano, etc.

María Zambrano presenta a Unamuno como representante crepuscular del romanticismo, por una parte, ya que sigue haciendo del yo individual la realidad radical, y como contemporáneo de Husserl, Bergson y Freud, por otra. Pero su condición de español, matiza, país en donde no llegó nunca a penetrar la reforma cartesiana, lo aleja de ellos. No obstante, un aspecto elimina la distancia: partiendo de la constatación de la crisis del racionalismo filosófico, los tres pensadores citados se imbuyen en la búsqueda de un fondo humano indefinible por y desde la conciencia. En ese sentido, y esta es la tesis principal del libro, Unamuno hallará en el fondo religioso y trágico de la existencia humana, el lugar desde el cual ahondar en los resquicios dejados afuera por la razón. El racionalismo europeo, afirma Zambrano en este libro, provocó lo que ella considera, utilizando la terminología freudiana, un tipo nuevo de “inhibición”, la religiosa, sustituida por ideologías adulteradoras y falsificadoras, que harán adolecer al ciudadano de una inusitada falta de “espacio vital”. Unamuno se adentra en el análisis de dicha “inhibición” religiosa desde su “monacal Salamanca”, afirma Zambrano, respirando la

misma atmósfera europea de crisis y haciéndose a sí mismo un hombre de su tiempo que vivirá, a su manera, el conflicto sempiterno entre razón y fe.

María Zambrano destaca, por otra parte, que, a pesar de la multiplicidad de géneros que practicó, la obra de Unamuno está caracterizada por la unidad. A Unamuno, dictamina, le hubiera correspondido escribir tragedia, pero, gran conocedora de la materia, Zambrano recuerda que la tragedia es un género griego y que la de Unamuno, de haber sido posible, habría sido una tragedia cristiana, cuyo conflicto es la existencia del hombre “de carne y hueso”, aquel que fue revelado precisamente por el cristianismo. Buena parte del libro, por otra parte, está dedicado a analizar una por una las principales obras de Unamuno, desde *El sentimiento trágico de la vida*, considerado por la pensadora como “guía” y “confesión”, hasta *Abel Sánchez*, en donde María Zambrano expone algunas de las páginas más sugerentes que se hayan escrito acerca de la envidia española (“Porque la envidia es el hambre de realidad, es la enfermedad de la realidad y, por eso, es la enfermedad del español, tan realista”. (Pág. 138.)

En definitiva, *Unamuno* es un libro imprescindible para conocer el pensamiento de María Zambrano, así como para completar la ya inmensa bibliografía en torno al escritor vasco. En cualquier caso, este volumen era necesario, pues resultaba prácticamente imposible acceder a los escritos que en él se recogen, y eso amputaba una buena parte de la herencia de María Zambrano como filósofa. Hubiera faltado quizás comparar las diferentes versiones que la pensadora había propuesto con anterioridad a la versión definitiva, lo que podría haber ofrecido luz a posibles divergencias interpretativas que alterarían la propuesta en este volumen. Aun así, lo que está claro es que su lectura resulta sumamente gratificante, y que la belleza y elegancia con que la palabra de María Zambrano está escrita en esta ocasión no defraudarán en absoluto a sus lectores.